Cartas de Herodes y Pilato

CARTA DE HERODES A PILATO, GOBERNADOR.

Herodes a Poncio Pilato, gobernador de Jerusalén: Paz.

Estoy muy angustiado. Te escribo estas cosas para que, al oírlas, te aflijas por mí. Mi hija Herodías, a quien quiero mucho, estaba jugando en un estanque helado, cuando este se rompió bajo sus pies, y todo su cuerpo se hundió, quedando su cabeza decapitada sobre la superficie. Y he aquí, su madre tiene la cabeza apoyada sobre las rodillas, en su regazo, y toda mi casa está sumida en una profunda tristeza. Porque yo, al oír hablar del hombre Jesús, quise venir a ti para verlo a solas y escuchar su palabra, si era como la de los hijos de los hombres. Y es cierto que, debido a las muchas maldades que cometí contra Juan el Bautista, y porque me burlé de Cristo, he aquí que recibo la recompensa de la justicia, pues he derramado mucha sangre de hijos ajenos sobre la tierra. Por lo tanto, los juicios de Dios son justos; pues cada uno recibe según su pensamiento. Pero ya que fuiste digno de ver a ese Dios-hombre, por eso te conviene orar por mí.

Mi hijo Azbonius también está en la agonía de la hora de la muerte.

Yo también estoy en aflicción y gran prueba, porque tengo hidropesía; y estoy en gran angustia, porque perseguí a Juan, el que introdujo el bautismo por agua. Por tanto, hermano mío, los juicios de Dios son justos.

Y mi esposa, de nuevo, por todo el dolor por su hija, se ha quedado ciega del ojo izquierdo, porque quisimos cegar el Ojo de la justicia. No hay paz para los que hacen el mal, dice el Señor. Porque ya viene una gran aflicción sobre los sacerdotes y los escritores de la ley, porque te entregaron al Justo. Porque esta es la consumación del mundo: que consintieron en que los gentiles se convirtieran en herederos. Porque los hijos de la luz serán expulsados, por no haber observado las cosas que se predicaron acerca del Señor y de su Hijo. Por tanto, ciñe tus lomos y recibe la justicia, tú y tu esposa recordando a Jesús noche y día; y el reino será de ustedes, gentiles, porque nosotros, el pueblo elegido, nos hemos burlado del Justo.

Ahora bien, si hay lugar para nuestra petición, oh Pilato, ya que en un tiempo estuvimos en el poder, sepulta mi casa con cuidado, pues es justo que seamos sepultados por ti y no por los sacerdotes, sobre los cuales, dentro de poco tiempo, como dicen las Escrituras, a la venida de Jesucristo, vendrá la venganza.

Que te vaya bien con Procla, tu esposa.

Te envío los pendientes de mi hija y mi propio anillo, para que te sirvan de recordatorio de mi fallecimiento. Pues ya me están saliendo gusanos del cuerpo, y he aquí, estoy recibiendo un juicio temporal, y temo el juicio venidero. Pues en ambos casos nos encontramos ante las obras del Dios vivo; pero este juicio, que es temporal, es temporal, mientras que el venidero es eterno.

Fin de la carta a Pilato el Gobernador.

CARTA DE PILATO A HERODES.

Pilato a Herodes el Tetrarca: Paz.

Sabe y ve que el día que me entregaste a Jesús, me compadecí de mí mismo y, lavándome las manos, testifiqué mi inocencia acerca de aquel que resucitó de la tumba después de tres días y cumplió tu voluntad en él, pues deseabas que me uniera a ti en su crucifixión. Pero ahora sé, por los verdugos y los soldados que custodiaban su sepulcro, que resucitó de entre los muertos. Y he confirmado especialmente lo que se me dijo: que se apareció corporalmente en Galilea, con la misma forma, la misma voz, la misma doctrina y los mismos discípulos cuerdos, sin haber cambiado en nada, sino predicando con valentía su resurrección y un reino eterno.

Y he aquí, el cielo y la tierra se regocijan; y he aquí, Procla mi mujer cree en las visiones que se le aparecieron, cuando enviaste que yo entregase a Jesús al pueblo de Israel, a causa de la mala voluntad que tenían.

Cuando Procla, mi mujer, oyó que Jesús había resucitado y había aparecido en Galilea, tomó consigo al centurión Longino y a doce soldados, los mismos que habían velado junto al sepulcro, y fue a saludar el rostro de Cristo, como si se tratara de un gran espectáculo, y le vio con sus discípulos.

Mientras estaban allí, maravillados y mirándolo, él los miró y les dijo: «¿Qué pasa? ¿Creéis en mí? Procla, sabed que en el pacto que Dios dio a los padres se dice que todo ser viviente vivirá por mi muerte, la cual habéis visto. Y ahora veis que yo, a quien crucificasteis, vivo. Y sufrí mucho hasta que fui sepultado. Pero ahora, escuchadme y creed en mi Padre, Dios, que está en mí. Porque desaté las ataduras de la muerte y rompí las puertas del Seol; y mi venida será después de esto.»

Y cuando Procla, mi esposa, y los romanos oyeron esto, vinieron a contármelo llorando, pues también estaban en su

contra al tramar los males que le habían infligido. Así que yo también estaba en el lecho, afligido, me puse ropa de luto y llevé a cincuenta romanos con mi esposa y partí a Galilea.

Y mientras iba de camino, testifiqué estas cosas: que Herodes hizo estas cosas por medio de mí, que consultó conmigo y me obligó a armarme contra él, a juzgar al que juzga a todos y a azotar al Justo, Señor de los justos. Y cuando nos acercamos a él, oh Herodes, se oyó una gran voz del cielo, un trueno terrible, y la tierra tembló, y desprendió un olor fragante, como nunca se percibió ni siquiera en el templo de Jerusalén. Mientras estaba en el camino, nuestro Señor me vio de pie hablando con sus discípulos. Pero oré en mi corazón, pues sabía que era él a quien me habían entregado, que era el Señor de las cosas creadas y el Creador de todo. Pero nosotros, al verlo, todos nos postramos rostro en tierra a sus pies. Y dije a gran voz: «He pecado, oh Señor, al sentarme y juzgarte a ti, que vengas a todos con verdad». Y he aquí, sé que eres Dios, el Hijo de Dios, y vi tu humanidad, no tu divinidad. Pero Herodes, junto con los hijos de Israel, me obligó a hacerte mal. ¡Ten piedad, pues, de mí, oh Dios de Israel!

Y mi mujer, con gran angustia, dijo: Dios del cielo y de la tierra, Dios de Israel, no me pagues según los hechos de Poncio Pilato, ni según la voluntad de los hijos de Israel, ni según el pensamiento de los hijos de los sacerdotes; sino acuérdate de mi marido en tu gloria.

Ahora nuestro Señor se acercó y nos levantó a mí, a mi esposa y a los romanos; y lo miré y vi en él las cicatrices de su cruz. Y dijo: «Lo que todos los padres justos esperaron recibir, y no vieron: en tu tiempo, el Señor del Tiempo, el Hijo del Hombre, el Hijo del Altísimo, que es eterno, resucitó de entre los muertos y es glorificado en lo alto por todo lo que creó y estableció por los siglos de los siglos».

1. Justino, uno de los escritores de la época de Augusto, Tiberio y Gains, escribió en su tercer discurso: «María la galilea, que dio a luz a Cristo crucificado en Jerusalén, no había estado con marido. Y José no la abandonó; sino que José continuó en santidad sin esposa, él y sus cinco hijos con una exesposa; y María continuó sin marido».

2. Teodoro escribió a Pilato, el gobernador: «¿Quién era el hombre contra el que se presentó una queja ante ti, de que fue crucificado por los hombres de Palestina? Si muchos lo exigieron con justicia, ¿por qué no accediste a su justicia? Y si lo exigieron injustamente, ¿cómo transgrediste la ley y ordenaste algo que estaba lejos de la justicia?»

Pilato le mandó decir: Porque hacía señales, no quise crucificarle; y como sus acusadores decían: Se llama a sí mismo rey, le crucifiqué.

3. Josefo dice: Agripa, el rey, vestía una túnica tejida en plata y presenció el espectáculo en el teatro de Cesarea. Cuando el pueblo vio que sus vestiduras relucían, le dijeron: «Hasta ahora te temíamos como hombre; de ahora en adelante, eres exaltado por encima de la naturaleza de los mortales». Y vio a un ángel de pie sobre él, y lo hirió casi hasta la muerte.

Fin de la carta de Pilato a Herodes.

LA EPÍSTOLA DE PONCIO PILATO, Que escribió al Emperador Romano acerca de nuestro Señor Jesucristo.

Poncio Pilato a Tiberio César—Saludo:

Sobre Jesucristo, a quien te di a conocer plenamente en mi último discurso, un amargo castigo ha sido finalmente infligido por la voluntad del pueblo, aunque yo era reacio y aprensivo. En verdad, ninguna época tuvo ni tendrá un hombre tan bueno y estricto. Pero el pueblo hizo un esfuerzo extraordinario, y todos sus escribas, jefes y ancianos acordaron crucificar a este embajador de la verdad; sus propios profetas, como las Sibilas entre nosotros, aconsejaron lo contrario; y cuando fue ahorcado, aparecieron señales sobrenaturales, y a juicio de los filósofos amenazaron con la ruina al mundo entero. Sus discípulos prosperan, sin desmentir a su maestro con su conducta y continencia; es más, en su nombre son sumamente benéficos. Si no hubiera temido que surgiera una sedición entre el pueblo, que estaba casi furioso, tal vez este hombre aún estaría viviendo con nosotros. Aunque, más obligado por la fidelidad a tu dignidad que guiado por mi propia inclinación, no me esforcé con todas mis fuerzas para impedir la venta y el sufrimiento de sangre justa, inocente de toda acusación, injustamente, es cierto, por la malicia de los hombres, y, sin embargo, como interpretan las Escrituras, para su propia destrucción.

Adiós. El día 5 de las Calendas de Abril.

INFORME DE PILATO GOBERNADOR acerca de nuestro Señor Jesucristo, que fue enviado a César Augusto en Roma.

En aquellos días, cuando nuestro Señor Jesucristo fue crucificado bajo Poncio Pilato, gobernador de Palestina y Fenicia, los hechos aquí registrados sucedieron en Jerusalén, y fueron cometidos por los judíos contra el Señor. Por lo tanto, Pilato envió lo mismo a César en Roma, junto con su informe privado, escribiendo así:

Al potentísimo, augusto, divino y temible César Augusto, Pilato, administrador de la Provincia Oriental:

He recibido información, excelentísimo, por lo que me invade el temor y el temblor. Pues en esta provincia que administro, una de cuyas ciudades se llama Jerusalén, toda la multitud de judíos me entregó a un hombre llamado Jesús, y presentó muchas acusaciones contra él, que no pudieron demostrar con pruebas contundentes. Pero lo acusaron de una herejía en particular: que Jesús dijo que el sábado no era un descanso, ni debía ser observado por ellos. Pues realizó muchas curaciones en ese día: hizo ver a los ciegos, caminar a los cojos, resucitó a los muertos, limpió a los leprosos, sanó a los paralíticos que eran totalmente incapaces de mover el cuerpo o fortalecer sus nervios, solo podían hablar y discurrir, y les dio fuerza para caminar y

correr, eliminando su enfermedad solo con su palabra. Hay otra obra poderosa, extraña a los dioses que conocemos: resucitó a un hombre que llevaba cuatro días muerto, invocándolo solo con su palabra. Cuando el muerto comenzaba a descomponerse, su cuerpo estaba corrompido por los gusanos que se habían criado y olía a perro, pero al verlo tendido en la tumba, le ordenó que corriera, y el muerto no se demoró en absoluto, sino que, como un novio que sale de su aposento, así salió de su tumba, impregnado de abundante perfume. Además, incluso a los extranjeros, y claramente demoníacos, que habitaban en desiertos, devoraban su propia carne y vagaban como ganado y reptiles, los convirtió en habitantes de las ciudades, y con una sola palabra los hizo racionales y los preparó para ser sabios, poderosos e ilustres, alimentándose con todos los enemigos de los espíritus inmundos que los destruían, y arrojándolos a las profundidades del mar.

Y, además, había otro que tenía una mano seca, y no solo la mano, sino la mitad del cuerpo del hombre era como una piedra, y no tenía la forma de un hombre ni la simetría de un cuerpo: incluso a él lo sanó con una palabra y lo sanó. Y también había una mujer que padecía un flujo de sangre desde hacía mucho tiempo, con venas y arterias agotadas, y que no soportaba un cuerpo humano, estando como muerta y muda a diario, de modo que todos los médicos de la zona no pudieron curarla, pues no le quedaba ninguna esperanza de vida. Pero al pasar Jesús, misteriosamente recibió fuerza al ver su sombra caer sobre ella; por detrás tocó el borde de su manto, e inmediatamente, en ese mismo momento, la fuerza llenó sus miembros exhaustos, y como si nunca hubiera sufrido nada, echó a correr hacia Capernaúm, su ciudad, llegando en seis días de viaje.

Y he dado a conocer estas cosas que recientemente me informaron, y que Jesús hizo en sábado. También hizo otros milagros mayores que estos, de modo que he observado obras de mayor valor que las de los dioses que adoramos.

Pero Herodes, Arquelao, Felipe, Anás y Caifás, con todo el pueblo, me lo entregaron, armando un gran alboroto contra mí para que lo juzgara. Por lo tanto, después de azotarlo, mandé que lo crucificaran, aunque no encontré en él motivo alguno para acusaciones ni malos tratos.

Cuando fue crucificado, la oscuridad cubrió el mundo entero, el sol se oscureció durante medio día, y aparecieron las estrellas, pero no se les vio brillo; la luna perdió su brillo, como teñida de sangre; y el mundo de los difuntos fue absorbido; de modo que el santuario del templo, como lo llaman, no se les apareció a los judíos en el momento de su caída, sino que percibieron un abismo en la tierra y el retumbar de truenos sucesivos. Y en medio de este terror, los muertos aparecieron resucitando, como lo atestiguaron los propios judíos, diciendo que eran Abraham, Isaac, Jacob, los doce patriarcas, Moisés y Job, quienes habían muerto hacía, según dicen, unos tres mil quinientos años. Y hubo muchísimos a quienes yo mismo vi aparecer en cuerpo, y lamentaron a los judíos por la transgresión que cometieron y por la destrucción de los judíos y de su ley.

El terror del terremoto continuó desde la sexta hora de la preparación hasta la novena; y al anochecer del primer día de la semana, se oyó un estruendo del cielo, y este se volvió siete veces más luminoso que en todos los demás días. A la tercera hora de la noche, el sol apareció más luminoso que nunca, iluminando todo el hemisferio. Como relámpagos que surgen repentinamente en una tormenta, así se vieron hombres de estatura elevada y gloria insuperable, una multitud incontable, gritando, y su voz se oyó como un trueno estruendoso: «Jesús, el crucificado, ha resucitado: ¡Salid del Hades, vosotros que estabais esclavizados en las profundidades del Hades!». El abismo en la tierra era como si no tuviera fondo; pero así fue, aparecieron los cimientos de la tierra, con aquellos que gritaban en el cielo y caminaban con el cuerpo entre los muertos que resucitaban. Y el que resucitó a todos los muertos y ató el Hades, dijo: Decid a mis discípulos: Él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis.

Y durante toda esa noche la luz no cesó de brillar. Y muchos judíos murieron en el abismo de la tierra, siendo absorbidos, de modo que al día siguiente la mayoría de los que se habían opuesto a Jesús ya no estaban. Otros vieron la aparición de hombres resucitando que ninguno de nosotros había visto jamás. Solo quedó una sinagoga de judíos en Jerusalén, pues todos desaparecieron en aquella ruina.

Así que, atónito por aquel terror, y poseído por el más terrible temblor, he escrito lo que vi en aquel tiempo y lo he enviado a vuestra excelencia; y he insertado lo que los judíos hicieron contra Jesús, y lo he enviado a vuestra divinidad, mi señor.

EL INFORME DE PONCIO PILATO, Gobernador de Judea, que fue enviado a Tiberio César en Roma.

Al potentísimo, augusto, temible y divino Augusto, Poncio Pilato, administrador de la Provincia Oriental.

Me he comprometido a comunicar a tu bondad por este escrito, aunque poseído de gran temor y temblor, excelentísimo rey, el estado actual de los asuntos, tal como lo ha demostrado el resultado. Pues mientras administraba esta provincia, mi señor, según el mandato de tu serenidad, que es una de las ciudades orientales llamada Jerusalén, donde se erige el templo de la nación de los judíos, toda la multitud de los judíos, reunida, me entregó a un hombre llamado Jesús, presentando muchas e interminables acusaciones contra él; pero no pudieron condenarlo de nada. Pero tenían una herejía contra él: que decía que el sábado no era su descanso apropiado.

Ese hombre realizó muchas curaciones y buenas obras: devolvió la vista a los ciegos, limpió leprosos, resucitó muertos, sanó a paralíticos, que no podían moverse en absoluto, solo tenían voz y todos sus huesos en su lugar; y les dio fuerza para caminar y correr, ordenándolo solo con su palabra. Y realizó otra obra aún más poderosa, extraña incluso entre nuestros dioses: resucitó a Lázaro, quien llevaba cuatro días muerto, ordenando con una sola palabra que el muerto resucitara, cuando su cuerpo ya estaba

corrompido por los gusanos que se habían criado en sus heridas. Y ordenó al cuerpo fétido, que yacía en la tumba, que corriera, y como un novio de su aposento, así salió de su tumba, lleno de dulce perfume. Y a algunos que estaban gravemente afligidos por demonios, que vivían en lugares desiertos, que devoraban la carne de sus propios miembros y que andaban entre reptiles y bestias salvajes, los hizo habitar en ciudades, en sus propias casas, y con una palabra los hizo razonables, y a aquellos que estaban atormentados por espíritus inmundos y demonios que los habitaban, los hizo sabios y honorables; los envió al mar a una piara de cerdos y los ahogó. A otro que tenía una mano seca, que vivía en sufrimiento y que no tenía ni la mitad de su cuerpo sano, lo sanó con una sola palabra. Y a una mujer que padecía un flujo de sangre de larga duración, de modo que debido a la secreción todas las articulaciones de sus huesos se veían y brillaban como cristal, pues todos los médicos la habían despedido sin esperanza, y no la habían purificado, pues no había en ella esperanza alguna de curación. Pero una vez, al pasar Jesús, ella tocó por detrás del borde de sus vestiduras, y en ese mismo momento recuperó la fuerza y se sintió sana, como si no tuviera ninguna aflicción, y echó a correr a toda prisa hacia su ciudad, Paneas. Y así sucedieron las cosas; pero los judíos informaron que Jesús hizo estas cosas en sábado. Y vi que él había obrado maravillas mayores que los dioses que adoramos. Entonces Herodes, Arquelao, Felipe, Anás y Caifás, con todo el pueblo, me lo entregaron para que lo juzgara. Y como muchos se rebelaron contra mí, ordené que lo crucificaran.

Cuando fue crucificado, la oscuridad cubrió el mundo entero; el sol se ocultó por completo, y el cielo parecía oscuro mientras aún era de día, de modo que se veían las estrellas, aunque aún tenían su brillo oscurecido. Por lo tanto, supongo que Su Excelencia no ignora que en todo el mundo encendieron sus lámparas desde la hora sexta hasta la tarde. Y la luna, que era como sangre, no brilló en toda la noche, a pesar de estar llena, y las estrellas y Orión se lamentaron por los judíos a causa de la transgresión que cometieron.

Y el primer día de la semana, alrededor de la tercera hora de la noche, el sol apareció como nunca antes, y todo el cielo se iluminó. Y como relámpagos en una tormenta, así aparecieron en el aire hombres de gran estatura, con hermosos atuendos y una gloria indescriptible, y una multitud incontable de ángeles, clamando y diciendo: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad entre los hombres: ¡Salid del Hades, vosotros que estáis en cautiverio en las profundidades del Hades!». Y a su voz, todas las montañas y colinas se conmovieron, las rocas se partieron y se abrieron grandes abismos en la tierra, de modo que los mismos lugares del abismo quedaron visibles.

Y en medio del terror, se vio a hombres muertos resurgiendo, de modo que los judíos que lo vieron dijeron: «Vimos a Abraham, a Isaac, a Jacob y a los doce patriarcas, que murieron unos dos mil quinientos años antes, y vimos claramente a Noé en el cuerpo». Y toda la multitud caminaba y cantaba himnos a Dios a gran voz, diciendo: «El Señor nuestro Dios, que ha resucitado de entre los muertos, ha revivido a todos los muertos, y al Hades lo ha despojado y matado».

Por tanto, mi señor rey, la luz no cesó en toda aquella noche. Pero muchos judíos murieron, y fueron hundidos y tragados por los abismos aquella noche, de modo que ni siquiera se vieron sus cuerpos. Quiero decir que los judíos que hablaron contra Jesús sufrieron. Y solo quedó una sinagoga en Jerusalén, pues todas las sinagogas que se habían opuesto a Jesús fueron abrumadas.

Por aquel terror, pues, estupefacto y sobrecogido de gran temblor, en aquella misma hora mandé que se escribiese lo que todos ellos habían hecho, y lo envié a tu poder.

EL JUICIO Y LA CONDENACIÓN DE PILATO.

Cuando las cartas llegaron a la ciudad de los romanos y fueron leídas ante César, estando allí presentes no pocos, todos se aterrorizaron, porque, por la transgresión de Pilato, la oscuridad y el terremoto habían azotado al mundo entero. Y César, lleno de ira, envió soldados y ordenó que trajeran prisionero a Pilato.

Y cuando fue llevado a la ciudad de los romanos, y César oyó su llegada, se sentó en el templo de los dioses, por encima de todo el senado, con todo el ejército y con toda la multitud de su poder, y ordenó que Pilato se situara en la entrada. Y César le dijo: «¡Oh impío!, cuando viste tan grandes señales realizadas por ese hombre, ¿por qué te atreviste a hacer eso? Por atreverte a cometer una mala acción, has arruinado el mundo entero».

Pilato dijo: «Rey y Autócrata, yo no soy culpable de estas cosas, sino que es la multitud de judíos los que se precipitan y son culpables». César preguntó: «¿Y quiénes son?». Pilato respondió: «Herodes, Arquelao, Felipe, Anás y Caifás, y toda la multitud de judíos». César preguntó: «¿Por qué hiciste lo que ellos hicieron?». Pilato respondió: «Su nación es sediciosa e insubordinada, y no se somete a tu poder». César respondió: «Cuando te lo entregaron, debiste haberlo asegurado y enviármelo, y no consentir que crucificaran a un hombre tan justo y que obraba milagros tan grandes y buenos, como dijiste en tu informe. 1 Pues por tales milagros Jesús se manifestó como el Cristo, el Rey de los judíos».

Y cuando César dijo esto y él mismo pronunció el nombre de Cristo, toda la multitud de los dioses cayó al suelo, convirtiéndose en polvo donde César estaba sentado con el senado. Y todo el pueblo que estaba cerca de César tembló por la pronunciación de la palabra y la caída de sus dioses, y, presa del miedo, todos se fueron, cada uno a su casa, preguntándose qué había sucedido. Y César ordenó que Pilato fuera puesto a salvo, para que supiera la verdad sobre Jesús.

Y al día siguiente, cuando César se sentó en el Capitolio con todo el Senado, se dispuso a interrogar de nuevo a Pilato. Y César dijo: «Di la verdad, impío, pues por la acción impía que cometiste contra Jesús, incluso aquí se manifestaron tus malas obras, al arruinar a los dioses». Di,

pues, ¿quién es el que fue crucificado, pues su nombre destruyó a todos los dioses? Pilato dijo: «Y ciertamente sus escritos son verdaderos; pues incluso yo mismo me convencí por sus obras de que era mayor que todos los dioses que veneramos». Y César dijo: «¿Por qué, entonces, cometiste contra él tal atrevimiento y acción, sin ignorarlo, o seguramente planeando algún daño para mi gobierno?». Y Pilato dijo: «Lo hice a causa de la transgresión y sedición de los judíos sin ley e impíos».

Y César se llenó de ira, y convocó un concilio con todo su senado y sus oficiales, y mandó escribir un decreto contra los judíos en estos términos:

A Liciano, que ostenta el primer puesto en el País del Este. Saludos:

He sido informado de la audacia perpetrada recientemente por los judíos que habitan Jerusalén y las ciudades circundantes, y de sus actos delictivos, cómo obligaron a Pilato a crucificar a cierto dios llamado Jesús, por cuya gran transgresión suya el mundo fue oscurecido y arrastrado a la ruina. Decide, pues, con un cuerpo de soldados, ir allí de inmediato y proclamar su sujeción a la esclavitud mediante este decreto. Obedeciéndolos y procediendo contra ellos, dispersándolos por todas las naciones, esclavízalos, y expulsando a su nación de toda Judea lo antes posible, demuestra, dondequiera que esto aún no se haya manifestado, que están llenos de maldad.

Y cuando este decreto llegó al Oriente, Liciano obedeció por temor al decreto, y asoló toda la nación de los judíos, e hizo que los que habían quedado en Judea fueran esclavizados con los que estaban dispersos entre los gentiles, para que César supiera que Liciano había hecho estas cosas contra los judíos en el Oriente, y para complacerlo.

Y de nuevo César decidió interrogar a Pilato, y mandó a un capitán llamado Albio que le cortara la cabeza, diciendo: Así como puso sus manos sobre el justo, llamado el Cristo, él también caerá de la misma manera y no hallará liberación.

Y cuando Pilato llegó al lugar, oró en silencio, diciendo: Oh Señor, no me destruyas con los hebreos malvados, pues no debería haberte impuesto las manos, de no ser por la nación de judíos sin ley, porque provocaron sedición contra los manuscritos, pero tú sabes que lo hice por ignorancia. No me destruyas, por tanto, por este mi pecado, ni te acuerdes del mal que hay en mí, oh Señor, y en tu sierva Procla, que está conmigo en esta hora de mi muerte, a quien enseñaste a profetizar que debías ser clavado en la cruz. No la castigues también por mi pecado, sino perdónanos y cuéntanos en la porción de tus justos. Y he aquí, cuando Pilato terminó su oración, se oyó una voz del cielo que decía: Todas las generaciones y las familias de los gentiles te llamarán bienaventurado, porque bajo tu mando se cumplieron todas estas cosas que los profetas dijeron acerca de mí; Y tú mismo debes comparecer como mi testigo en mi segunda venida, cuando juzgue a las doce tribus de Israel y a quienes no han confesado mi nombre. Y el Prefecto cortó la cabeza de Pilato, y he aquí que un ángel del Señor la recibió. Y cuando su esposa Procla vio venir al ángel y recibir su cabeza, ella también, llena de alegría, expiró al instante y fue sepultada con su esposo.

LA MUERTE DE PILATO, QUE CONDENÓ A JESÚS.

Mientras Tiberio César, emperador de los romanos, padecía una grave enfermedad, y al enterarse de que en Jerusalén había un médico llamado Jesús, que sanaba todas las enfermedades solo con su palabra, sin saber que los judíos y Pilato lo habían condenado a muerte, ordenó a uno de sus asistentes, llamado Volusiano, diciendo: «Ve lo más rápido que puedas a través del mar y dile a Pilato, mi siervo y amigo, que me envíe a este médico para que recupere mi salud original». Y Volusiano, al oír la orden del emperador, partió inmediatamente y fue a ver a Pilato, tal como se le había ordenado. Y le contó al mismo Pilato lo que le había encomendado Tiberio César, diciendo: «Tiberio César, emperador de los romanos, tu Señor, habiendo oído que en esta ciudad hay un médico que sana enfermedades solo con su palabra, te ruega encarecidamente que lo envíes para que sane su enfermedad». Pilato se aterrorizó al oír esto, sabiendo que por envidia lo había hecho matar. Pilato respondió al mensajero diciendo: «Este hombre era un malhechor, un hombre que arrastraba tras sí a todo el pueblo; así que, tras consultar con los sabios de la ciudad, hice que lo crucificaran». Y mientras el mensajero regresaba a su alojamiento, se encontró con una mujer llamada Verónica, que conocía a Jesús, y le dijo: «Oh, mujer, había un médico en esta ciudad que sanaba a los enfermos solo con su palabra, ¿por qué lo han matado los judíos?». Y ella rompió a llorar, diciendo: «¡Ay, señor mío! Fue a mi Dios y a mi Señor a quien Pilato, por envidia, entregó, condenó y mandó crucificar». Entonces, muy afligido, dijo: «Lamento mucho no poder cumplir con lo que mi señor me ha enviado».

Verónica le dijo: «Cuando mi Señor andaba predicando, y yo, a mi pesar, me veía privada de su presencia, deseaba que me pintaran un retrato suyo, para que, mientras estaba privada de él, al menos su figura me consolara. Y cuando llevaba el lienzo al pintor para que lo pintara, mi Señor me salió al encuentro y me preguntó adónde iba. Y cuando le expliqué el motivo de mi viaje, me pidió el lienzo y me lo devolvió impreso con la imagen de su venerable rostro. Por lo tanto, si tu señor contempla esto con devoción, disfrutará inmediatamente del beneficio de la salud».

¿Se puede conseguir una imagen como esta con oro o plata?, preguntó. No, respondió ella, pero con un piadoso sentimiento de devoción. Por lo tanto, iré contigo y llevaré la imagen a César para que la vea, y regresaré.

Así que Volusiano llegó a Roma con Verónica y le dijo al emperador Tiberio: «Jesús, a quien tanto has deseado, Pilato y los judíos lo han entregado a una muerte injusta y, por envidia, lo han clavado en el madero de la cruz. Por lo tanto, una matrona ha venido conmigo trayendo la imagen del mismo Jesús, y si la contemplas con devoción, pronto

recuperarás la salud». César mandó que se extendiera el camino con telas de seda y ordenó que le presentaran el retrato; y en cuanto lo vio, recuperó la salud.

Entonces Poncio Pilato fue aprehendido por orden de César y llevado a Roma. César, al enterarse de que Pilato había llegado a Roma, se llenó de ira contra él e hizo que lo trajeran ante él. Pilato trajo consigo la túnica sin costuras de Jesús y la usó ante el emperador. En cuanto el emperador lo vio, dejó a un lado toda su ira y se levantó de inmediato, incapaz de hablarle con dureza; y aquel que en su ausencia parecía tan terrible y fiero, ahora en su presencia se muestra comparativamente apacible.

Y tras despedirlo, pronto se enfureció terriblemente contra él, declarándose miserable por no haberle expresado la ira de su corazón. Inmediatamente lo hizo volver, jurando y protestando que era hijo de la muerte e incapaz de vivir en la tierra. Y al verlo, lo saludó al instante y dejó a un lado toda la furia de su mente.

Todos quedaron asombrados, y él mismo se asombró, de estar tan furioso contra Pilato en su ausencia, y no poder decirle nada con vehemencia mientras estaba presente. Finalmente, por sugerencia divina, o quizás por la persuasión de algún cristiano, le hizo quitar la túnica, y pronto reanudó contra él su furia inicial. Y como el emperador se preguntaba mucho sobre esto, le dijeron que había sido la túnica del Señor Jesús. Entonces el emperador ordenó que lo mantuvieran en prisión hasta que consultara con los sabios qué debía hacerse con él. Y después de unos días, se dictó sentencia contra Pilato: sería condenado a la muerte más ignominiosa. Al oír esto, Pilato se suicidó con su propia daga, y con esa muerte puso fin a su vida.

Cuando se dio a conocer la muerte de Pilato, César dijo: «En verdad, ha sufrido una muerte ignominiosa, pues su propia mano no lo ha perdonado». Por lo tanto, fue atado a un gran bloque de piedra y hundido en el río Tíber. Pero espíritus malignos e impuros, regocijándose en su cuerpo maligno e impuro, se movían por el agua y provocaban en el aire terribles relámpagos y tempestades, truenos y granizo, de modo que todos se llenaron de un miedo terrible. Por esta razón, los romanos lo sacaron del río Tíber, lo llevaron, burlándose, a Viena y lo hundieron en el río Ródano. Pues Viena significa, por así decirlo, Camino de la Gehena, porque entonces era un lugar de maldición. Y los espíritus malignos estaban allí e hicieron lo mismo.

Aquellos hombres, por lo tanto, no soportando ser acosados por los demonios, se quitaron el vaso de la maldición y lo enviaron a enterrar en el territorio de Losania. Pero, profundamente perturbados por las mencionadas aflicciones, lo apartaron y lo hundieron en un estanque rodeado de montañas, donde, según algunos, se dice que aún hoy emanan diversas maquinaciones diabólicas.